

DON QUIJOTE, «LOCO BIZARRO»

JEAN CANAVAGGIO

Université de Paris Ouest Nanterre

RESUMEN:

En el capítulo XVIII de la Segunda parte del *Quijote*, don Quijote quiere persuadir a don Lorenzo de que hubo y hay caballeros andantes. «Escapado se nos ha nuestro huésped», dice entonces entre sí don Lorenzo, «pero, con todo eso, él es loco bizarro, y yo sería mentecato flojo si así no lo creyese». El significado exacto de «bizarro» se examina aquí dentro del contexto de la aventura de los leones, así como a la luz de las varias traducciones francesas que se dieron de esta voz desde 1618 hasta ahora.

PALABRAS CLAVES:

Bizarro, Cervantes, Don Quijote

RÉSUMÉ:

Au chapitre XVIII de la Seconde partie de *Don Quichotte*, don Quichotte prétend persuader don Lorenzo de l'existence des chevaliers errants, ce qui provoque un aparté de son interlocuteur «Escapado se nos ha nuestro huésped [...]», pero, con todo eso, él es loco bizarro, y yo sería mentecato flojo si así no lo creyese». Le sens exact de *bizarro* est examiné ici dans le contexte de l'aventure des lions, ainsi qu'à la lumière des différentes traductions françaises qui ont été données de ce qualificatif depuis 1618 jusqu'à nos jours.

MOTS CLÉS:

Bizarro, Cervantès, Don Quichotte.

Cuando, en el capítulo XVIII de la Segunda parte del *Quijote*, el ingenioso hidalgo decide descansar de sus trabajos en casa del Caballero del Verde Gabán, pronto sorprende a sus moradores por su aspecto y su indumentaria. Sin embargo, una vez superada la primera sorpresa, no tarda en dar al hijo de su huésped, el joven don Lorenzo, algunas muestras de su «rara habilidad y sutil ingenio».¹ Al menos en tanto que discurre con él de poesía y poetas; pero, en cuanto don Lorenzo, previamente avisado por su padre, orienta la conversación hacia la existencia de los caballeros andantes, don Quijote se empeña en persuadirle de que los hubo y los hay, y concluye declarándole que va a rogar al cielo que le dé a conocer su utilidad. Basta con que se lo diga para que don Lorenzo revise su opinión, sin llegar por ello a desvelar su

¹ Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes (1605-2005) dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores/Centro para la Edición de Clásicos Españoles, 2005, pág. 843.

pensamiento: «Escapado se nos ha nuestro huésped –dijo a esta sazón entre sí don Lorenzo–, pero, con todo eso, él es loco bizarro, y yo sería mentecato flojo si así no lo creyese». ² François de Rosset, primer traductor al francés, en 1618, de la Segunda parte –la Primera lo fue por César Oudin en 1614– traduce de este modo: «Notre hôte, dit alors entre ses dents Dom Lorenzo, s’est maintenant eschappé: Mais avec tout cela, [c’] est un plaisant fol, & je serais un sot badaud si je ne le croyois ainsi». ³ Rosset nunca aspiró a ser fiel al original, como mostró Maurice Bardon⁴, y se comprende por qué Jean Cassou, en 1949, al retomar corrigiéndolas las versiones respectivas de los primeros traductores, no lo siguió en este particular, dado que «bizarro», en español, nunca quiso decir «plaisant». De ahí la enmienda que propone: «Notre hôte, dit alors entre ses dents don Lorenzo, s’est maintenant échappé; mais avec tout cela, c’est un fou généreux, et je serais un sot imbécile si je ne le croyais ainsi». ⁵ Aline Schulman, cuya versión, editada en 1997, fue pensada, nos dice, para el lector de hoy, le pisa en los talones: «Allons, le voilà parti ! pensa don Lorenzo de son hôte. Mais c’est un fou généreux, et je serais moi-même un sot bien mesquin de ne pas le reconnaître». ⁶

«Un fou généreux?» El lector actual corre el riesgo de equivocarse, si no repara en el primer significado que tenía «généreux» en el siglo XVII, procedente del latín *generosus* («noble», «de ilustre prosapia»); un significado que Xavier de Cardaillac, en 1924, parece haber recordado: «Voici que notre hôte bat la campagne, se dit en lui-même don Lorenzo, mais, malgré tout, c’est un noble fou, et je serais, moi, un vil insensé si je n’en jugeais pas ainsi». ⁷ En el caso de Alonso Quijano, se trata por supuesto, de una nobleza conseguida por la valentía, y no heredada por la sangre, ya que un hidalgo de aldea no tenía derecho al «don» reservado a los grandes, títulos y caballeros, lo cual no le impidió bautizarse don Quijote de la Mancha. Este significado, además, es el que sobreentiende la primera acepción que da de «bizarro» el *Diccionario de Autoridades*, editado entre 1726 y 1739: «alentado, gallardo, lleno

² *Don Quijote de la Mancha*, ed. cit., pág. 846 (En adelante *DQ*).

³ Cervantès, *Seconde partie de L’Histoire de L’Ingénieux et Redoutable Chevalier Dom Quixote de la Manche* [...] traduite fidèlement en nostre langue par F. de Rosset, (citamos por la ed. de Rouen, Jean Berthelin, 1646, pág. 192).

⁴ Maurice Bardon, *Don Quichotte en France au XVIIe et au XVIIIe siècle*, Paris, Champion, 1931, págs. 23-54.

⁵ Cervantès, *Don Quichotte. Nouvelles exemplaires*, édition établie, revue et annotée par Jean Cassou, Paris, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1949, pág. 651.

⁶ Cervantès, *L’Ingénieux Hidalgo Don Quichotte de la Manche*, trad. de Aline Schulman, tome II, Paris, Seuil, 1997, pág. 132.

⁷ Cervantès, *L’Ingénieux Hidalgo Don Quichotte de la Manche*, Seconde partie, trad. de Xavier de Cardaillac, Toulouse, E. Privat, 1926, pág. 211.

de noble espíritu, lozanía y valor», una acepción que recoge también César Oudin, autor de un famoso *Tesoro de las dos lenguas, española y francesa*, que publicó en 1607, antes de poner en el telar la primera traducción francesa de la Primera parte. Oudin, en efecto, da «brave» como primera acepción de «bizarro». En otros términos, si bien es verdad que don Lorenzo contempla a un loco en la persona de don Quijote, no parece regatearle el valor que le reconoció su padre en la aventura de los leones ocurrida poco antes. Ahora bien ¿es este significado el que conservan otros traductores más próximos a nosotros? Louis Viardot, cuya versión se remonta a 1837, traduce así: «Voilà que notre hôte nous échappe, s'écria tout bas don Lorenzo; mais pourtant c'est un fou remarquable, et je serais moi-même un sot de n'en pas avoir cette opinion».⁸ Esta vez, es la segunda acepción de «bizarro» la que parece haber sido elegida, aquélla que el *Diccionario de Autoridades* traduce por «lucido», aunque Viardot se aplica a adaptarla al personaje y al contexto.

Pasemos por alto el error cometido en 1935 por Francis de Miomandre en una traducción estimable⁹, para examinar la solución elegida hace seis años por Jean-Raymond Fanlo, el último de quienes han acometido, este trabajo: «Notre hôte s'est échappé, se dit alors don Lorenzo. Tout de même, c'est un fou bigarré, et moi je serais un benêt paresseux si je ne le considérais pas ainsi».¹⁰ Su propuesta contrasta con las anteriores, hasta tal punto que Fanlo ha querido justificarla en una nota:

Nouvelle insistance sur la nature mixte de la folie de don Quichotte, mêlée de sagesse. *Bigarré*: *bizarro*. *Bizarre* et *bigarré* sont souvent confondus. Covarrubias [auteur du *Tesoro de la lengua castellana o española*, paru en 1611, entre les deux parties de *Don Quichotte*] rapproche les deux mots (entrée *Bizarria*). Aubigné qualifie de *bizarres* les vêtements chamarrés des courtisans (*Les Tragiques*, II, v. 209 [...]) et, au début du *Licencié Vitré* [autrement dit la nouvelle intitulée *Le Licencié de Verre*], un gentilhomme est vêtu *bizarralement* parce qu'il est capitaine d'infanterie: il porte les habits multicolores des soldats.¹¹

⁸ Cervantès, *L'Ingénieux Hidalgo Don Quichotte de la Manche*, trad. de Louis Viardot, tomo II, Paris, Garnier-Flammarion, 1969, pág. 126.

⁹ «Oh! cette fois, pensa Lorenzo, notre hôte s'est échappé. Mais enfin, ce n'est qu'un doux maniaque, et je serais moi-même un pauvre idiot si je pensais autrement (Cervantès, *Don Quichotte*, trad. de Francis de Miomandre, Paris, Laffont, reed. Yves Roullière, coll. «Bouquins», 2011, pág. 624).

¹⁰ Cervantès, *Don Quichotte*, traduction, présentation et édition de Jean-Raymond Fanlo, Paris, La Pochothèque, Le Livre de Poche, 2008, pág. 778.

¹¹ Cervantès, *Don Quichotte*, ed. cit., pág. 778, n. 1. Semejante indumentaria era corriente en una época en que los soldados no llevaban un uniforme que los diferenciara de sus enemigos.

Esta solución no carece de interés, pero, para beneficiarse de una interpretación correcta, requiere unas aclaraciones a pie de página; además, como veremos más adelante, no es cierto que se le pueda seguir en este camino.

Si Covarrubias se limita a explicar que «bizarro» quiere decir «vestido de diversos colores», Oudin incluye la misma acepción en la lista de equivalencias que nos da: «brave, galant, magnifique et pompeux en habits, bigearre, bigarré, bragard». El *Diccionario de Autoridades*, aunque posterior en más de un siglo, le da la razón. «Bizarro», si hemos de creerlo, quiere decir también «muy galán, espléndido y adornado»; y su derivado «bizarría», que tiene como primer significado «generosidad de ánimo, gallardía, denuedo, lozanía y valor», ha cobrado posteriormente el de «esplendor en el porte, adorno y gala, así en lo que mira a la persona, como de la familia y casa de uno». En la misma línea, la «bizarría» designa, según el contexto, o bien el valor y la valentía, o bien la gallardía. Se trata de una voz procedente del italiano «bizarro», registrada ya en 1330 como equivalente de «colérico», «irritable». Atestiguada en castellano en 1569, con el significado de «valiente», «audaz», sólo después viene a ser sinónimo de «gallardo», «apuesto». Aparece en francés por las mismas fechas, al menos en la forma que conocemos.¹² Quiere decir entonces «extravagante», «singular», y luego, en un segundo momento, «caprichoso», «irregular».

¿Cuál es el uso que Cervantes hace de este vocablo y, más precisamente de las varias ocurrencias de «bizarro» que encontramos en sus obras? Carlos Fernández Gómez, en su *Vocabulario de Cervantes*, recoge cinco de ellas, además de la que es objeto de nuestra investigación.¹³ No hace al caso examinarlas una tras otra, pero cabe señalar que todas remiten a tres de las acepciones dadas por Oudin: «galant, magnifique et pompeux en habits», teniendo en cuenta que, según el contexto, las connotaciones de estos calificativos son a veces positivas, otras veces negativas¹⁴.

¹² Atestiguado antes de 1544 a través del sustantivo «bigearre» y del adjetivo «bigarre», está documentado en 1555 como «bizerre», así como en 1572 en su forma actual. Tal vez pudo haber ocurrencias anteriores de «bizarre», en particular por parte de Étienne Pasquier, como me señala Jean Céard, caso de que se redactaran antes de esta fecha las cartas donde figura esta voz.

¹³ Carlos Fernández Gómez, *Vocabulario de Cervantes*, Madrid, Real Academia Española, 1962, pág. 139 b.

¹⁴ En *El Casamiento engañoso*, don Lope Meléndez de Almeyda aparece «no menos bizarro que ricamente vestido de camino» (Cervantes, *Novelas ejemplares*, ed. de J. García López, Barcelona, Crítica, 2001, pág. 529). Esta connotación positiva no se encuentra en el capítulo XIX de la Segunda parte del *Quijote*, en el momento en que el caballero, convidado a las bodas de Camacho, contempla lo que pasaría, si a la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos: «Tal habría que escogiese al criado de su padre, y tal al que vio pasar por la calle, a su parecer, bizarro y entonado» (Cervantes, *DQ*, pág. 856). La misma se nota en el *Persiles*, cuando Antonio de Villaseñor, en el capítulo V del Libro primero, es llamado «bizarro» por un caballero que pretende que le ha faltado al respeto; también en *La Gitanilla*, donde Andrés da muerte al sobrino del alcalde, un «soldado bizarro»; finalmente, en

Volviendo al diálogo entre don Lorenzo y don Quijote, resulta que si el joven poeta no dudó en acorralar a su huésped, es porque quiso ir más allá de una primera impresión. Al principio del capítulo, en cuanto se le aparece nuestro hidalgo, confiesa sus dudas a su padre: «¿Quién diremos, señor, que es este caballero que vuesa merced nos ha traído a casa? Que el nombre, la figura y el decir que es caballero andante, a mí y a mi madre nos tiene suspensos». Y don Diego no sabe qué contestarle:

No sé lo que te diga, hijo –respondió don Diego–; sólo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú y tómale el pulso a lo que sabe, y, pues eres discreto, juzga de su discreción y tontería lo que más puesto en razón estuviere, aunque, para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo.¹⁵

Caso de conformarnos con esta respuesta, así sería la «bizarría» de don Quijote, observada por don Diego en la aventura de los leones y comprobada por su hijo poco después. Ahora bien, ¿será que don Lorenzo supo tomar la cabal medida de la personalidad, algo compleja de nuestro loco bizarro? Para saber a qué atenernos, conviene recordar las circunstancias en las que el ingenioso hidalgo conoció al Caballero del Verde Gabán. Su encuentro ocurre en el momento en que don Quijote acaba de vencer al Caballero del Bosque, también llamado Caballero de los Espejos y cree ser entonces «el caballero andante más valiente que tenía en aquella edad el mundo».¹⁶ Bastaría este triunfo para asentar su fama de «bizarro», en la primera acepción del término, si no se le ocurriera fijarse en un detalle que le agua la fiesta: al alzar la visera de su adversario caído por el suelo, acaba de descubrir al bachiller Sansón Carrasco, disfrazado de caballero andante para vencer a su vecino en combate singular y obligarle a deponer las armas. Como no puede haber, declara don Quijote, que el bachiller viniese como caballero andante a pelear con él, ya que nunca ha sido su enemigo y nunca hizo profesión de las armas para tener envidia a la fama que él mismo por ellas ha ganado, no puede sino tratarse, una vez más, de un «artificio y traza [...] de los malignos magos» que le persiguen.¹⁷

Rinconete y Cortadillo, cuando dos miembros de la cofradía de Monipodio resultan ser «dos bravos y bizarros mozos». «Bizarramente» y «bizarría», que también se encuentran en Cervantes, pertenecen al mismo campo semántico.

¹⁵ *DQ*, pág. 843.

¹⁶ *DQ*, pág. 817.

¹⁷ *DQ*, pág. 818.

Es en aquel momento cuando lo alcanza don Diego en el camino. «Admirándose del rostro y la postura de don Quijote», el recién llegado se sorprende «de la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademán y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra».¹⁸ Nada justifica, por consiguiente, que se pueda llamar «bizarro» a nuestro caballero, si se le da el significado de «elegante», a diferencia de don Diego quien, en cambio, se ofrece a nuestras miradas «vestido un gabán de paño fino verde, jironado de terciopelo leonado».¹⁹ El Caballero de la Triste Figura²⁰ repara en el asombro del hombre del Verde Gabán y, sin tardar, le sale al camino diciéndole ser caballero andante, lo que basta para que el otro tenga sospechas de haber topado con algún mentecato. Ahora bien, al enterarse de que su interlocutor tiene un hijo poeta, don Quijote retoma la palabra de tal forma que don Diego, asombrado, va perdiendo la opinión que se había formado de su nuevo compañero.

Este movimiento pendular estructura la aventura que sucede a continuación: una aventura con un desenlace feliz del que nos enteramos acto seguido y que, a juzgar por el título del capítulo que la refiere, confirma la inaudita valentía del héroe. Don Quijote, en efecto, descubre en el camino un carro con dos o tres banderas pequeñas en el cual, según le informa el carretero, están «dos bravos leones enjaulados que el general de Orán envía a la corte, presentados a Su Majestad».²¹ No falta más para que le pida abrir la jaula para que pueda desafiar estos leones. Ni los reparos del leonero, ni las súplicas de don Diego, nada tranquilo, consiguen aflojar su determinación, y, con solapada ironía, anima al Caballero del Verde Gabán a que se ponga en salvo. Lo que permite el feliz desenlace de la aventura, es que el primer león desafiado, aunque mira por todas partes «con los ojos hechos brasas»,²² se niega a contestar a la llamada del caballero, de modo que éste no tiene más remedio que rendirse a las razones del leonero y dejarle cerrar la jaula. Aunque esta aventura es celebrada como la hazaña de un valiente entre los valientes, «espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo»²³ el espectáculo que nos ofrece no deja de provocar nuestra sonrisa. En efecto, al ir al encuentro del carro, don Quijote pidió a su escudero que le trajera su morrión. Pues bien: como Sancho acababa de comprar requesones a unos

¹⁸ *DQ*, pág. 820.

¹⁹ *DQ*, pág. 819. Don Quijote no será más elegante en casa de su huésped, una vez desarmado por Sancho, al quedar «en valones y en jubón de camuza, todo bisunto con la mugre de las armas» De ahí la ironía del narrador, al añadir que salió a otra sala «con los referidos atavíos y con gentil donaire y gallardía» (*DQ*, págs. 842-843).

²⁰ Así lo llama Sancho, el capítulo XIX de la Primera parte.

²¹ *DQ*., pág. 831.

²² *DQ*., pág. 836.

²³ *DQ*., pág. 835.

pastores que estaban cerca, no tuvo más remedio, por falta de tiempo, que meter los requesones en la celada de su buen señor. Don Quijote la toma y se la encaja en la cabeza, aplastándolos de tal modo que el suero comienza a correr por todo el rostro y las barbas, de lo que recibe tal susto que pregunta a su escudero:

¿Qué será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos o se me derriten los sesos, o que sudo de los pies a la cabeza? Y si es que sudo, en verdad que no es de miedo: sin duda creo que es terrible la aventura que agora quiere sucederme. Dame, si tienes, con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos.²⁴

A esta primera disonancia se añade una segunda, que sobreviene en el momento en que don Quijote y el león se encuentran cara a cara. Aunque la vista y además de la fiera eran «para poner espanto a la misma temeridad», y a pesar de que el caballero lo miraba atentamente, «deseando que saliese ya del carro y viniese con él a las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos»,

El generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado a una y otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes a don Quijote y con gran flema y remanso se volvió a echar en la jaula.²⁵

En vano el hidalgo intenta provocar su furor para que se digne salir: finalmente tiene que dejarse convecer por el leonero. En cuanto a don Diego de Miranda, no sabe qué pensar de él: «ya le tenía por cuerdo, ya por loco, porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacía, disparatado, temerario y tonto».²⁶ Por cierto, temeridad no es valentía, pero don Quijote, con notale perspicacia, lo saca de sus pensamientos diciéndole:

¿Quién duda, señor don Diego de Miranda, que vuestra merced no me tenga en su opinión por un hombre disparatado y loco? Y no sería mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa. Pues, con todo esto, quiero que vuestra merced advierta que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido.²⁷

²⁴ *DQ.*, pág. 830.

²⁵ *DQ.*, pág. 836.

²⁶ *DQ.*, pág. 838.

²⁷ *DQ.*, pág. 839.

Así nos explicamos por qué don Diego, de vuelta a su casa, anima a su hijo a proseguir su investigación. De hecho, don Lorenzo, al cabo de una primera conversación con nuestro hidalgo, comparte el sentir de su padre: «No le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos».²⁸ ¿Podemos reivindicar entonces, como hace Jean-Raymond Fanlo, «la nature mixte de la folie de don Quichotte, mêlée de sagesse»? En su opinión, es lo que nos daría a entender don Lorenzo al llamarlo «loco bizarro». Ahora bien, el caballero no es un loco «generoso», o «notable», ni tampoco un loco «abigarrado», caso de considerar que cordura y locura formarían en él una manera de «bigarrure». Por cierto, a la hora de despedirse de sus huéspedes, éstos se admiran de nuevo de sus «entremetidas razones [...] ya discretas y ya disparatadas»;²⁹ pero, fuera de que el original nos habla de «entremetidas razones»,³⁰ y no de «razones bizarras», don Diego y don Lorenzo observan en este momento una oscilación entre dos polos –cordura y locura– y no un mixto de estos dos elementos. A fin de cuentas, no es la locura, sino el humor de don Quijote el que merecería llamarse «abigarrado».

Para acrisolar el significado exacto que reviste el apodo «loco bizarro», tenemos que volvernos hacia lo que Gian Luigi Beccaria nos aclara de la trayectoria semántica del italiano «bizzarro», así como de sus vicisitudes, consecutivas a los intercambios que se produjeron entre ambas penínsulas, dentro de un constante vaivén entre dos áreas lingüísticas y culturales. «Bizzarro» que, como ya vimos, quiere decir primero «colérico» y, después, «valiente», ha conservado esta segunda acepción en castellano, antes de tomar la de «gallardo», «elegante» «apuesto».³¹ No obstante, aun antes de que el italiano importe a su vez desde España esta acepción derivada, «bizarro» ofrece un tercer sentido, que pertenece al léxico artístico y está relacionado con la afición prebarroca y barroca a la pompa y la magnificiencia, en beneficio de todo lo que resulta no sólo ornamental, sino ingenioso y hasta hiperbólico. Viene a ser entonces sinónimo de «curioso», «extravagante», «peregrino».³² Esta acepción, pronto adoptada por el francés, no sigue la misma trayectoria en castellano, ya que Cervantes, al menos en su época, parece haber sido uno de los pocos en tenerla en cuenta, sin duda a consecuencia de su estancia durante cinco años en Italia de la que conservará una marcada huella. Por cierto, César Oudin, en su *Tesoro de las dos lenguas*, cierra con «fantasque», o sea «peregrino», la lista de los significados

²⁸ *DQ.*, pág. 846.

²⁹ *DQ.*, pág. 852.

³⁰ Traduce Fanlo «des propos discordants» (Cervantès, *Don Quichotte*, ed. de J. R. Fanlo, pág. 783).

³¹ «Bello, superbo nel vestire» (Lorenzo Franciosini, *Vocabolario italiano, e spagnolo*, Roma, 1620).

³² Gian Luigi Beccaria, *Spagnolo e spagnoli in Italia. Riflessi iberici nella lingua italiana del Cinque e del Seicento*, Turin, G. Giappicchelli, 1968, págs. 236-255.

que, según él, tiene «bizarro». Pero el *Diccionario de Autoridades* no recogerá esta acepción, ni tampoco ninguno de los demás diccionarios publicados posteriormente por la Real Academia Española.

Las dudas de don Lorenzo no son tales que le lleven a llamar «extravagante» a don Quijote, mayormente después del espléndido parlamento de nuestro hidalgo, digno de acreditar, en otras circunstancias, una «bizarría» con connotaciones positivas. Con todo, tanto su aspecto como su monomanía lo convierten, sin la menor duda, en un «loco bizarro»: dicho de otro modo, un loco que no encaja en ninguna de las categorías de locos que don Diego y su hijo pudieron contemplar hasta entonces.³³ A la luz de este contexto se justifica, pues, la traducción adoptada por nosotros, al revisar en 2012 nuestra versión de la *Pléiade*: «Voilà que notre hôte s'en tire, se dit alors don Lorenzo, mais ce n'en est pas moins un fou singulier et je serais moi-même un sombre idiot si je pensais le contraire».³⁴

¿No tenemos más remedio que hacer nuestras las dudas de don Diego y don Lorenzo? Otros han intentado ir más allá, ora haciendo hincapié en el saber médico de su propia época, ora partiendo de las ideas en boga en tiempos de Cervantes. Por cierto, sería impropio convertir a don Quijote en un caso clínico. Fuera de que la historia personal de Alonso Quijano, tal como se bosqueja en el capítulo primero de la Primera parte, se reduce a lo más mínimo y, con ella, lo que podríamos llamar su «expediente psicobiográfico», quien se descubre poco a poco a nosotros es un ente de papel, y las tendencias que algunos han pretendido atribuirle proceden en realidad de un efecto de lectura. No obstante, el calificativo de «ingenioso» que recibe desde el título de la Primera parte puede relacionarse con la teoría de los ingenios, elaborada en tiempos de Felipe II por el médico Huarte de San Juan.³⁵ El que don Quijote merezca tal calificativo, de acuerdo con esta teoría, sugiere que este imaginativo con espíritu sutil no se porta siempre como debería, por culpa de un temperamento colérico y melancólico. Más aún: cada vez que pretende sacar la lección de una aventura, o bien para celebrar sus hechos, o bien para explicar su fracaso por

³³ La edición de F. Rico es la única en anotar «loco bizarro» como sinónimo «loco curioso», remitiendo al estudio de Beccaria (*DQ.*, pág. 846, n. 30).

³⁴ Cervantès, *Don Quichotte*, en *Œuvres romanesques complètes*, tomo I, Paris, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, reimpr. 2012, pág. 1032. Así se ha corregido —con notable retraso— el olvido cometido en 2001, fecha en que se publicó la edición

³⁵ Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias. Donde se muestra la diferencia de habilidades que ay en los hombres, y el género de letras que a cada uno responde en particular*, Baeza, Juan Bautista de Montoya, 1575. Una segunda edición, revisada y corregida por mandato de la Inquisición, será publicada también en Baeza en 1594 y gozará de una amplia difusión. Se conocen dos ediciones modernas de esta obra, la de Esteban Torre (Madrid, Editora Nacional, 1977) y la de Guillermo Serés (Madrid, Cátedra, 1989).

la malicia de algún encantador, su elocuencia y su vehemencia parecen ocultar una secreta preocupación. No cuestiona el carácter ejemplar de sus modelos, ni tampoco la legitimidad de su profesión; al parecer, su turbación nace de una pregunta que queda sin contestar: ¿conseguirá realmente resuscitar la caballería andante, ganando así gloria y fama? Circunstancia agravante: es la malicia de su fiel escudero la que le proporciona la mayor desgracia que pudo jamás conocer, al contemplar a la dama de sus pensamientos convertida en una zafia campesina, y el amargo recuerdo de ese encuentro ocurrido en el Toboso nunca lo abandonará. «Yo nací», declara, «para ejemplo de desdichados y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asiesten las flechas de la mala fortuna»,³⁶ llegando a exclamar, en el colmo de la desesperación: «Ahora torno a decir y diré mil veces que soy el más desdichado de los hombres».³⁷

Esta melancolía –una enfermedad que, por aquellas fechas, es tema de varios tratados médicos³⁸– no lo va a abandonar hasta el final de su odisea.³⁹ Y corresponde a Sansón Carrasco asestar el golpe final a nuestro hidalgo, cuando, disfrazado de Caballero de Blanca Luna, lo desafía por segunda vez en la playa de Barcelona, veniéndolo en combate singular. Según reza el título del capítulo que relata este episodio, se trata de «la aventura que más pesadumbre dio a don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido».⁴⁰ Al volver a su pueblo, tras haberse comprometido a retirarse a su lugar y deponer las armas durante un año, sólo le quedan pocos días de vida. Su agonía –la de Alonso Quijano el Bueno que muere cristianamente en medio del llanto de los suyos– merece llamar nuestra atención. Cabe observar, primero, las dudas del narrador a la hora de decirnos por qué, al volver a su aldea, le sobrevino una calentura que le tuvo seis días en la cama: «o ya fuese de la melancolía que le causaba verse vencido, o ya por la disposición del cielo que así lo ordenaba».⁴¹ Pero Cide Hamete Benengeli no se limita a sugerir otros apremios que los de la fisiología. Si hemos de dar fe al médico que acude a atenderle, «melancolías y desabrimien-

³⁶ *DQ.*, pág. 773.

³⁷ *DQ.*, pág. 774.

³⁸ Augustin Redondo, *Otra manera de leer el «Quijote»*, Madrid, Castalia, 1997, págs. 126-131.

³⁹ A don Quijote se le ocurre disertar a su modo sobre la melancolía, cuando, en el capítulo LVIII de la Segunda parte, se niega a creer en los presagios: opinión acompañada con ejemplos sacados de la vida corriente, pero anteriormente citados y comentados por el humanista italiano Virgilio Polidoro y que tienden a demostrar que los supersticiosos suelen ser unos melancólicos (Ver Jean Canavaggio, «Tradicón culta y experiencia viva: don Quijote y los agoreros», *Edad de Oro*, año XXVI, 2006, págs. 129-139).

⁴⁰ *DQ.*, pág. 1263.

⁴¹ *DQ.*, pág. 1328.

tos le acababan»;⁴² sin embargo, en el momento en que va a dictar su testamento, el moribundo conserva suficientes fuerzas para querer desheredar a su sobrina, caso de contraer matrimonio con un hombre que supiera qué cosas sean libros de caballerías. Finalmente, durante los tres días que median entre estas últimas resoluciones y su agonía final, el ambiente que reina en su casa no parece estar a la altura de las circunstancias. Por cierto, «andaba la casa alborotada, pero, con todo, comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza, que esto de heredar algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto».⁴³ Esta observación no deja de sorprendernos, ya que se inserta en medio de un episodio que el lector moderno suele considerar patético. En este sentido, tiende a mostrar que, hasta el último instante, la trayectoria del protagonista no se ha separado nunca del propósito expresado al final del Prólogo de la Primera parte: hacer que, al leer esta historia, «el melancólico se mueva a risa» y «el risueño la acreciente».⁴⁴

Esto nos lleva a volver, a manera de epílogo, sobre un aspecto esencial en la recepción inmediata del libro: el concepto que sus primeros lectores se formaron de don Quijote. ¿Tan sólo vieron en él, como hicieron los Duques, un mero hazmerreír? ¿O repararon más bien en la ambigüedad de un ser irreductible a un bufón o un payaso? A decir verdad, esta ambigüedad no se observa en los testimonios que conservamos al respecto, con la única excepción de Saint-Evremond, en disonancia con el tono medio de su época.⁴⁵ En todos los desfiles y mascaradas, en todos los bailes y espectáculos en que se encuentra el ingenioso hidalgo, sólo se notan sus extravagancias; todas las fábulas literarias que, en la España de Felipe III, lo convierten en protagonista, hacen de él una «figura de risa» cuyas «ridículas figas»⁴⁶ son objeto de burla. Apenas salida la Primera parte de la imprenta, Guillén de Castro lo lleva a las tablas, aunque en un argumento derivado de dos historias intercaladas, limitando sus apariciones a unas intervenciones episódicas de estilo burlesco. Al sistematizar de esta forma el desfase entre sus anhelos y la respuesta que recibe del mundo donde

⁴² *DQ.*, pág. 1329.

⁴³ *DQ.*, pág. 1334.

⁴⁴ *DQ.*, pág. 19.

⁴⁵ «J'admire comme dans la bouche du plus grand fol de la terre, Cervantès a trouvé le moyen de faire connaître l'homme le plus entendu et le plus grand connaisseur qu'on se puisse imaginer. J'admire la diversité de ses caractères, qui sont les plus recherchés du monde pour l'espèce, et de leur espèce les plus naturels» («Lettre à Monsieur le Maréchal de Créquy», citado por Maurice Bardon, *«Don Quichotte» en France au XVIIe et au XVIIIe siècle*, Paris, Champion, 1931, pág. 285).

⁴⁶ «Las ridículas y disparatadas figas de don Quijote de la Mancha», Juan Valladares de Valdelomar, citado por M. Herrero García, *Estimaciones literarias del siglo XVII*, Madrid, Voluntad, 1930, págs. 155-156.

pretende encarnarlos, convierten su ideal heroico en obsesión maniática, en tanto que su perseverancia y asombrosa capacidad para perseverar en su ser se reduce a la terquedad obtusa de un fanfarrón ingenuo y crédulo, combinada con una vanidosa verborrea que viene a ser su distintivo.

Habrà que esperar hasta el siglo XVIII, especialmente en Inglaterra, para que los lectores del libro se reconozcan en don Quijote, a poco que conozcan ilusiones análogas y desgracias comparables: «Cuando nos compadecemos de él, escribe el Dr. Johnson, pensamos en nuestras propias deslusiones, y cuando nos reímos, nuestro corazón nos advierte de que él no es más ridículo que nosotros, salvo en un hecho, que dice lo que nosotros solo hemos pensado».⁴⁷ Para los Ilustrados, este salto que no nos atrevemos a dar, pero que sí da, en cambio, don Quijote, lo vuelve singular, por no decir extraño. No obstante, en opinión de Tristram Shandy, el protagonista de la novela de Sterne, «el incomparable caballero de la Mancha», como lo llama, viene a ser una manera de modelo, hasta tal punto que lo prefiere, «todas sus locuras, antes que al héroe más noble de la Antigüedad».⁴⁸ Con todo, serán los Románticos quienes hagan de él un mensajero de ideal: un ser noble cuya locura no se discute, pero que se revela como un espíritu tan superior, en cuanto deja de tratar de libros de caballerías, que ni los fracasos que padece, ni las afrentas que conoce consiguen humillarlo. Friedrich y Wilhelm Schlegel, así como Friedrich von Schelling han sido los primeros en emprender esta revolución copérnica que ha conferido un significado nuevo a la odisea de don Quijote, y nosotros seguimos siendo en cierta medida herederos de esta visión. Pero, por cierto, éste es otro cuento.⁴⁹

Bibliografía

Bardon, Maurice, *Don Quichotte en France au XVIIe et au XVIIIe siècle*, Paris, Champion, 1931

Beccaria, Gian Luigi, *Spagnolo e spagnoli in Italia. Riflessi ispanici nella lingua italiana del Cinque e del Seicento*, Turín, G. Giappicchelli, 1968.

Canavaggio, Jean, «Tradición culta y experiencia viva: don Quijote y los agoreros», *Edad de Oro*, XXVI, 2006, págs. 129-139.

⁴⁷ Ronald Paulson, «*Don Quixote*» in *England. The Aesthetic of Laughter*, Baltimore, The Johns Hopkins University, 1998, pág. 5.

⁴⁸ Citado por Henri Fluchère, *Laurence Sterne, de l'homme à l'oeuvre*, Paris, Gallimard, 1961, pág. 384.

⁴⁹ A Patricia Martínez García y a Claude Allaigre, primeros lectores de este trabajo, así como a Francisco Florit, mis más expresivas gracias por sus observaciones y sugerencias.

Cervantès, *Don Quichotte*, en *Œuvres romanesques complètes*, tomo I, Paris, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, réimpr. 2012.

Cervantès, *Don Quichotte*, traduction, présentation et édition de Jean-Raymond Fanlo, Paris, La Pochothèque, Le Livre de Poche, 2008.

Cervantès, *Don Quichotte*, traduit par Francis de Miomandre, Paris, Laffont, reed. Yves Roullière, coll. «Bouquins», 2011.

Cervantès, *Don Quichotte. Nouvelles exemplaires*, édition établie, revue et annotée par Jean Cassou, Paris, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1949.

Cervantès, *L'Ingénieux Hidalgo Don Quichotte de la Manche*, Seconde partie, traduction de Xavier de Cardaillac, Toulouse, E. Privat, 1926.

Cervantès, *L'Ingénieux Hidalgo Don Quichotte de la Manche*, traduction d'Aline Schulman, tomo II, Paris, Seuil, 1997.

Cervantès, *L'Ingénieux Hidalgo Don Quichotte de la Manche*, traduction de Louis Viardot, tomo II, Paris, Garnier-Flammarion, 1969.

Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, edición del Instituto Cervantes (1605-2005) dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores/Centro para la Edición de Clásicos Españoles, 2005.

Cervantes, Miguel de, *Novelas ejemplares*, ed. de J. García López, Barcelona, Crítica, 2001.

Cervantès, *Seconde partie de L'Histoire de L'Ingénieux et Redoutable Chevalier Dom Quixote de la Manche [...]* traduite fidèlement en nostre langue par F. de Rosset, Rouen, Jean Berthelin, 1646.

Fernández Gómez, Carlos, *Vocabulario de Cervantes*, Madrid, Real Academia Española, 1962.

Franciosini, Lorenzo *Vocabolario italiano, e spagnolo*, Roma, 1620.

Huarte de San Juan, Juan, *Examen de ingenios para las ciencias. Donde se muestra la diferencia de habilidades que ay en los hombres, y el género de letras que a cada uno responde en particular*, Baeza, Juan Bautista de Montoya, 1575.

Herrero García, Miguel, *Estimaciones literarias del siglo XVII*, Madrid, Voluntad, 1930.

Paulson, Ronald, «*Don Quixote*» in *England. The Aesthetic of Laughter*, Baltimore, The Johns Hopkins University, 1998.

Redondo, Augustin, *Otra manera de leer el «Quijote»*, Madrid, Castalia, 1997.